

seguridad de su posición en el continente, ni temen hallar agotado, cuando lo busquen, ese reservatorio de virtudes y energías, donde los pueblos libres saben encontrar, al primer grito de la necesidad, los elementos de su defensa.

Un escritor de ese país, discurrendo sobre la historia de una de las más agitadas repúblicas sudamericanas, comprobó que ella, durante los primeros veinte años de su existencia independiente, había lidiado en más de ciento veinte batallas. Con ese campo de ejercicios constante para las cualidades «viriles y aventureras», que se preconizan como las ventajas de las naciones militarizadas, ¿quién admitirá sin embargo cotejo entre esas democracias batalladoras y la de Estados Unidos, enemiga de la guerra, por su índole, por su historia, por sus instituciones, por sus costumbres? Turquía es la nación más militarizada de toda Europa; Inglaterra, la menos. ¿Cuál de las dos, por lo que es, daría, de los principios que la modelan, más favorable idea?

¿Dirán que la guerra estimula la industria y el comercio? A veces, pero transitoriamente. Fué lo que ocurrió, por ejemplo, después de la campaña ruso-japonesa. Hubo países, como Estados Unidos, cuyas ventas al Japón, a Rusia y a China, crecieron después de esa guerra. Pero a la excitación sucedió casi en seguida, una depresión profunda. La guerra mató centenas de millares de hombres, empobreció millones; y los dos países, prostrados por la sangría, tuvieron que economizar por muchos años en la proporción correspondiente al decrecimiento de sus recursos con los sacrificios de la lucha. Naturalmente, es lo que sucederá, también, pasada la guerra actual.

Las cifras con que habrían de calcularse los perjuicios de esta conflagración inaudita serían de una inmensidad casi astronómica. Ya se computan en trece millones los hombres que ella ha devorado, consumido o puesto fuera